

por los escritores castellanos en 200,000 ; la de los muertos en 20,000. Despues siguió Cortés con su tropa tranquilamente su marcha hasta recibir la hospitalaria acogida de los Tlascaltecas en su cómoda capital.

Forzoso es retroceder por haber adelantado demasiado por esta parte del VALLE, y seguir la marcha del sol, pues por aquí reclaman nuestra atencion otros objetos muy propios que examinar. El *Castillo de Chapultepec*, ó como otros lo llaman el *Palacio*, es un sitio curiosísimo y digno de describirse. En tiempo de los reyes aztecas servia de lugar de recreo, donde iban á descansar de las graves cargas del Estado, y despues de la conquista sirvió de fábrica de pólvora ; pero habiendo habido en 19 de noviembre de 1784 una horrible explosion, fué destruida la fábrica con 48 personas. El jóven virey Galvez, viendo la amenidad grave del sitio y su hermosura decorosa, fué el que principió la construccion del edificio, donde ahora se halla el colegio Militar. En 1785 se puso mano á la obra y se gastaron en ella 300,000 pesos. La altura del palacio es de diez y nueve varas ; el piso alto tiene quince piezas, el bajo veinte y seis, además de otras tres de un bellissimo corredor que miran al Oriente y que se comunican por una escalera por el patio donde está la plaza de armas, sobre la meseta

principal, en que se halla el palacio ; su extension de Oriente á Poniente es de 210 varas y poco mas de 70 de Norte á Sur. La otra meseta mas alta y que domina completamente por la parte de Oriente, tiene una especie de fortin, aunque su construccion en un principio pasó por adorno ó por capricho de una travesa arquitectura, y se creyó destinado para un jardin ; tiene de Norte á Sur 46 varas y 70 de Oriente á Poniente : el centro debia estar ocupado por una fuente que no se concluyó ; pero existe un pozo ó barreno perpendicular de 23 varas de profundidad, el que á muy poca distancia horizontal debe comunicarse con una cueva que existe desde época anterior á la conquista, y que tiene una boca ó entrada de $6\frac{1}{2}$ varas de altura, y de profundidad 90 varas. Pero bajemos al Bosque, lugar de encantos indescriptibles. Allí se agrupan aquellos venerables ancianos de la vegetacion, con sus nudosos troncos, y sus canosas barbas que les forma ese parásito ceniciento que cuelga de sus ramas, y anuncia su vejez. De lejos parece que el tiempo al cruzar por aquellas solitarias calles los salpicó con el polvo de los siglos como anuncio de su paso. ¡ Qué respetuoso es el silencio que allí reina ! parece que el mismo viento no se atreve á tocar sus frentes majestuosas. Pero á la hora de las sombras es cuando deben buscarse estos testigos de acontecimientos tan remotos.

No son los protectores del amor y de sus risueñas ilusiones. No son esos palacios de verdura, delicia de las aves, y morada agradable para venados y alimnas, y teatro vasto para el estrepitoso cazador. Son ruinas vegetales que inspiran grandes recuerdos, y hablan en su silencio elocuente de los mil pueblos que vieron cruzar al pié de sus troncos y que desaparecieron para siempre. Estos árboles son los favoritos del alma y del corazón. Cuando la luna á trechos hace pasar un rayo por el negro ramaje y lo dibuja en el suelo, parece que cruza la sombra vaporosa de alguna beldad azteca ó se reclina junto al tronco melancólica y pensativa; si una ráfaga nocturna y perdida estremece un momento sus ramas que se mueven en la sombra del suelo, párece que brotan los altivos y tristes manes de algun guerrero antiguo que busca zeloso á su amada. Todo es austera poesía, recuerdos taciturnos y viejos pensamientos.

Cerca de aquel magnífico bosque se encuentra á Tacubaya, que viene á ser la capital de los pueblecillos cercanos á Méjico, por su aire aristocrático, sus lujosas casas de campo, su poblacion, y la concurrencia que allí acude los domingos á pasar el dia jugando á los bolos, ó visitando á las familias conocidas ó paseando en jardines. Entre las casas mas notables se cuentan la de Jamison, la de Escandon,

la del conde de la Cortina, la del general Carrera, la de Bardet, la de Iturbe, la de Carranza, la de Al-gara y algunas otras. La de Jamison se destaca aislada en medio de un parque bien cultivado, entre árboles, plantas y flores. Tiene cuatro frentes y para cada uno de ellos una fachada, como si cambiase de aspecto regocijada al ver esos bosquecillos que por todas partes la contemplan, brindándole su verdura y sus rosas. Tardó en construirse tres años, y se gastaron como unos 150,000 pesos. La casa de Escandon tiene la entrada hermosa, y desde ella se ve, allá en el fondo, una parte de la fachada, pues la otra se esconde en el parque como esquivada, para excitar la curiosidad del visitante. Una calzada de árboles nobles y elevados nos conduce hasta la entrada, que es circular; un peristilo corintio, con su enlosado de mármol de Génova, sostiene el segundo cuerpo de la casa. Las entradas, por los lados izquierdo y derecho, las forman dos pórticos tambien corintios. En lo interior, el patio se halla cubierto de una cúpula de cristal, y unas columnatas de cantería, estucadas primorosamente, sostienen cuatro alas de portalería y corredores. El salón, comedores, billar, antesala y cocina están, al estilo inglés, en el piso bajo. Las recámaras, baños y tocadores, todo con su debida separacion é independencia, están en el piso alto. En la espalda están

las caballerizas, las cocheras y cuartos para criados. Todo se halla bajo un pié de lujo brillante y que no desearia un lord inglés. Tambien el arte hermoso de la pintura ha hallado acogida en esta quinta elegante. Una galería que perteneció al conde de la Cortina, fué comprada por el propietario, y se compone de algunos originales de Pablo Céspedes, Alonso Cano, Cabrera, Tenard, Gerardo Dow, y buenas copias de Rafael, Ticiano y Corregio. En el jardín hay *kioscos*, cenadores, grutas de hiedra y madreSelva, y todos esos resortes de la jardinería para alegrar el ánimo. Hay un estanque de tres varas de profundidad para la natacion, tiro de pistola, juego de bolos, un tren de caballos y carritos para los niños, una gran pajarera, faisanes dorados, cisnes negros de Australia con otras aves curiosas, y otros nuevos recursos de distraccion y recreo. Tambien se halla en este pueblo un árbol notable por su hermosura, y se conoce por el *árbol bendito*, que se halla en una de las casas del señor Gorostiza. Hay un convento de San Diego, que se halla colocado en la parte alta, y con su aspecto grave y religioso imprime variedad al pintoresco panorama de la poblacion. El edificio del Arzobispado ha sido comunmente convertido en el Aranjuez de los presidentes de la República, pues van allí á establecerse en el verano.

Otro de los puntos del VALLE que mas llaman la atencion es *Tlalpam* ó *San Agustin de las Cuevas*, notable por su fertilidad, sus casas de campo, y la hermosura de las cercanías, entre alegre y sombría, con sus arboledas frondosas y sus salvajes peñas. En la Pascua del Espiritu Santo aquí establece su corte la ciega reina, la caprichosa Fortuna, por espacio de tres dias, y allí va todo Méjico á depositar en sus altares ofrendas de oro, con el objeto de hacérsela propicia; pero al fin es esquiva como hembra, y voluble como su rueda. ¡Cuántos á este solo nombre de *Tlalpam* llevan tristemente la mano á los bolsillos, cuántos palidecen y suspiran! Allí se establecen en los dias mencionados varias *partidas* ó *montes*, con un capital de 1,000 hasta 3,000 onzas cada una, segun su clase, y allí el jóyen, el viejo, el campesino ó cortesano, todos prueban la suerte, y se ven albures hasta de 1,000 onzas. En estos dias no es mal visto el que juega, y una gran parte de los que allí concurren es la única vez que colocan sus monedas en una carta. Los montes se componen de una sala sin ningun mueble, á excepcion de una mesa rodeada de sillas, y cubierta de una carpeta verde, con unos cuadros de paño negro con dos divisiones para separar las paradas, y un par de velas de cera. Las onzas están formadas en dos columnas, y en el centro las luces y el repuesto

de barajas. Todas las sillas están ocupadas, y detrás hay una segunda y hasta tercera fila de jugadores, entre los que no se oyen juramentos ni ocurren disputas, pues se juega con la mayor legalidad; nadie posee el valor del mejicano para apostar, y se le ve ganar ó perder mil onzas de oro á menudo con la mayor sangre fria. El tallador baraja las cartas, da á alzar por turno al que ha ganado entre los que están sentados; salen las dos cartas, y se separan por las divisiones de la pequeña carpeta que está numerada: siguen las apuestas, y cuando se han concluido, pregunta con voz acentuada el tallador: ¿Corre? Otro tallador echa una mirada á ver si está todo arreglado, y nadie falta por poner su apuesta, y luego dice: ¡Puede! La baraja se la dan al que alzó para que corra el albur; si él no quiere, lo hace á la vista de todo el mundo el tallador. Es un silencio solemne y angustioso, como el de un terremoto, el que sigue entonces, mientras están pasando las cartas; en las contracciones y cambios de fisonomía se pueden contar las cartas que van salidas; por fin sale una de ellas, y unos se alegran para que otros se aflijan. Las señoras no juegan, pero dan una cantidad de dinero á alguno para que unido á sus fondos lo exponga todo al azar; y se llama á esto dar ó formar una *vaca*, y acaso lleva el nombre de ese cuadrúpedo, porque esperan una buena ordeña,

no de leche sino de oro que es mas apetitoso; pero sucede frecuentemente que estas *vacas* se vuelven estériles ó mueren bajo la espada de una sota ó de un caballo. El resto del año está desierto como un panteon: y lo es efectivamente de algunas fortunas, de muchos proyectos, de muchos cálculos, de muchas ilusiones, en que sirvió de sepulturero una figura, y de losa sepulcral un carton. Hay además bailes, peleas de gallos; pero todo esto es secundario.

El *Desierto de Cuajimalpa* es otro de los sitios mas bellos del VALLE, y viene á servir de inmenso Album para el viajero, pues en sus vetustas y apergamizadas paredes, á manera de las hojas de aquel, escriben los que van á visitar aquellas ruinas, no solo sus propios nombres, sino los que mejor sabe su corazon. Allí se ven enlazados por la escritura, si no por la Iglesia, al amante con su amada, y tambien se contemplan parejas de amigos que darian envidia á los mismos Pilades y Orestes. Otros dejan en este lugar muestras de su ingenio en graves sentencias ó en sentimentales versos inspirados por la hermosura de la escena. — Hay una bóveda que se llama del *secreto*, porque aplicando los labios dos interlocutores en los ángulos opuestos de ella, y articulando palabras con la mas tenue voz, llegan á los oidos del compañero, claras é inteligibles, y las

personas situadas cerca de aquellos ó entre los dos, no escuchan ni el mas leve rumor. — El cuadro es de los mas imponentes; pero valgámonos del pincel descriptivo, fácil y diestro del señor D. Luis de la Rosa: « Al subir la fragosa sierra que separa el valle de Méjico de las amenas llanuras de la tierra caliente hay un terreno selvático y solitario, cubierto enteramente de pinos, entre los que solo se encuentran algunos encinos y uno que otro árbol silvestre. La vista se cansa allí, y se fatiga de ver por todas partes pinos, bosques y umbría, por todas partes soledad y un silencio que solo interrumpe de cuando en cuando el canto de las aves. Si dirige uno la vista al Sur, no ve sino el bosque de pinos que cubre y oscurece la serranía y algunas humaredas de los carboneros que salen de entre la espesura de aquel pinal, y se elevan hasta la cumbre de la Sierra. Si vuelve uno los ojos á su derredor, el terreno por todas partes se presenta igualmente selvático; si fija uno sus miradas en los declives y quebradas, por todas partes una misma vegetacion, un mismo bosque y una misma perspectiva. Solamente interrumpe esta uniformidad un trozo de agua pura, que baja de la Sierra, como una culebra de plata que corre y se desliza cristalina, que murmulla en algunos puntos, y que despeñándose en otros, da animacion y vida á aquella perspecti-

va. La elevacion de los pinos, la triste inmovilidad de estos árboles, el oscuro verdor de su ramaje, aquellas grandes masas de sombra por entre las que solo penetran algunos rayos del sol, el silencio y la soledad del bosque, todo da á este desierto un aspecto salvaje y melancólico. Pero á lo lejos, en lo mas profundo de la hondonada, se ve blanquear un edificio que parece un grande caserío. ¡ Con qué ansia desea uno bajar á aquel sitio, donde espera hallar algunas familias campesinas, y al derredor de sus hogares algun cultivo! Mas, á proporcion que uno se acerca, va viendo con sorpresa, que aquello que parecia á lo lejos un extenso caserío, no es mas que un grande hacinamiento de ruinas. Es el antiguo convento de los Carmelos del Desierto, es el palacio destruido de unos cenobitas, cuyos restos manifiestan todavía su grande extension, su solidez, y la sencillez y regularidad de su arquitectura. Al entrar uno por donde fué la portería, se encuentra luego en un patio lleno de escombros, sobre los que han crecido algunos árboles. Recorriendo las ruinas se pierde uno en un laberinto de patios, de claustros, de celdas, de subterráneos y de bóvedas. ¿ Porqué habrán abandonado aquellos religiosos un sitio tan á propósito para el estudio y la meditacion, y para una vida solitaria y de contemplacion y penitencia?... Era, por otra parte,

verdaderamente hermoso para los que habitando en él perpetuamente, verian sucederse en esos bosques y en esas serranías las estaciones con sus magníficas escenas, con sus variadas y pintorescas perspectivas. ¡Cuántas veces habrán contemplado en la grandeza del poder de Dios, al oír crujir los pinos destrozados por el huracán, que pasaba bramando sobre la selva! ¡Cuántas veces habrán admirado las bellezas de una naturaleza salvaje y misteriosa, cuando en la estación de las lluvias hayan visto bajar de la serranía torrentes espumosos, oyendo resonar por todas partes el estruendo con que ellos se despeñan! En algunos días de invierno habrán visto la cumbre del Ajusco, resplandeciente con la blancura de la nieve, levantándose hermosa entre el verdor sombrío de sus pinales. Otras veces, contemplando en la noche la tenebrosa tempestad, entre el fulgor del rayo y entre el estruendo de la selva, habrán creído ver á Eliseo que pasaba sobre las nubes en un carro de fuego. Para ellos, hombres piadosos, consagrados á la meditacion y penitencia, este retiro habrá sido sin duda hermoso y encantador. Ahora no hay en él mas que ruinas, verdes y umbrosos bosques, un trozo de agua pura, y algunas aves; una triste soledad y un melancólico desierto. »

Del señor D. Alejandro Arango y Escandon ex-

tractamos las noticias que siguen sobre *Mixcoac*, otro de los pueblecillos amenos del VALLE: « Está situado á poco mas de dos leguas de la capital, al S. O. Su poblacion es en la actualidad de unos 1,500 habitantes, repartidos así en el casco del pueblo, como en varias huertas y barrios de sus alrededores. Son en su mayor parte indígenas, y se ocupan en la labranza de pequeñas suertes de tierra, que tienen ya en propiedad, ya en enfiteusis. Se cosecha una corta cantidad de maiz, que se consume en el mismo pueblo, y se cogen varias frutas que se llevan á los mercados de la capital. Su única industria consiste en la fabricacion del ladrillo, para la cual se cuentan hasta diez hornos, siendo el que se elabora en este pueblo el mas estimado de cuantos se introducen en la capital. Entre sus edificios es notable únicamente la casa del Lic. D. Francisco Molinos del Campo, por lo espacioso y sólido de su construccion. Es bella tambien la del señor magistrado D. Antonio Fernandez Monjardin. Hay barrios con huertas y lugares deliciosos donde crecen con notable lozanía los fresnos y chopos. Aunque cuando Cortés se acercó á la capital, existia ya este pueblo, al cual da el conquistador en una de sus cartas al emperador Carlos V el nombre de *Mixquique*, no conserva, sin embargo, ningun resto ni monumento de la época anterior á la conquista.

Posteriormente, el único suceso notable, si así puede llamarse, acaecido en *Mixcoac*, es la mansion que hizo en él el presidente general Herrera y sus ministros, á su regreso de Querétaro, en 1848, al evacuar el ejército americano la capital, en virtud del Tratado de Guadalupe.

El oscuro pueblo de Churubusco ha adquirido desde la invasion Norte-Americana un renombre militar por la gloriosa defensa que allí hicieron varios cuerpos de guardia nacional. Cuando el enemigo cambió la base de sus operaciones despues de la memorable batalla de la Angostura, lanzó al mando del general Scott un numeroso ejército que se apoderó de Veracruz, despues de una heroica defensa, asaltó despues las posiciones de Cerro-Gordo arrollando á nuestros soldados, entró en Puebla, y allí tomó un descanso para emprender sus operaciones decisivas sobre la capital. En esta se improvisó un ejército con elementos heterogéneos, y por esta razon muy fáciles de fraccionarse en el momento de la prueba. Así fué en efecto, y es una cosa que debe consignarse el que siendo nuestras tropas dobles en número á las enemigas, estas en todos los campos de batalla encontraron delante menos soldados mejicanos que los que contaban ellos en sus filas. En Padierna se batió el ejército del Norte, que era la flor de los nuestros,

fuerte de 4,000 hombres. En Churubusco, una parte de la guardia nacional en número de 4,000. En el Molino del Rey, unos 2,000 valientes, entre permanentes y nacionales. Y en todas partes, todo el grueso de las fuerzas de Scott. Pero nuestro objeto es solo referir la defensa del convento de San Diego de Churubusco, á cuya memoria se erigió en el año pasado un sencillo monumento en honor de los intrépidos defensores, que allí hicieron patente, que no era la cobardía la que preparó al enemigo aquella cadena de triunfos, sino nuestros errores y funestas disensiones. Asistió á la ceremonia el actual presidente de la República D. Ignacio Comonfort, y es digno de alabanza el empeño que tomó en que se llevase á efecto aquel proyecto, lo mismo que otro del mismo género en el Molino del Rey. Varios de nuestros mejores vates leyeron buenas composiciones, para honrar á nuestros bravos. — El pueblo y convento de Churubusco está situado á dos leguas de Méjico, en la confluencia de los caminos de Tlalpam y Coyoacan, y en el punto de interseccion de aquellos. Varios grupos de chozas humildes de adobes, construidas entre sementeras de maiz, circundan la iglesia, que por la solidez de sus paredes y robustez de la torre, podia servir de defensa para disputar el paso al enemigo. Por la premura del tiempo y escasez de recursos, solo se pudo cons-

truir una fortificacion pasajera ; consistiendo en un parapeto de adobes, de cerca de ocho piés y medio de espesor, á la distancia de veinte pasos de la puerta del convento , y defendido con fosos ; pero solo cubria el frente y costado izquierdo, pues quedó descubierto el flanco derecho , y en las bóvedas nada habia para cubrir á sus defensores. La guarnicion se reducía á los batallones de Bravos é Independencia , este al mando de Peñuñuri , y aquel al de Gorostiza : el parque de artillería se componia de cinco piezas ; habia además varios piquetes del Sur y la compañía de San Patricio , formada de irlandeses. Mandaba en jefe el general Rincon , y como su segundo el general Anaya , quienes dispusieron no se disparase al enemigo hasta que este se hallase á corta distancia , para aprovechar los tiros , y no desperdiciar las municiones , que eran muy escasas. El día 20 de agosto de 1847, se presentó el enemigo vencedor en Padierna , y bajo cuyos auspicios emprendian el nuevo ataque. Los soldados mejicanos habian escuchado el eco del cañon con una ansiedad indefinible , pues que se disputaba en los alrededores de la Magdalena la suerte de la República , y poco tiempo despues supieron el infausto resultado. En seguida vieron pasar los restos de aquellas tropas , las fuerzas que se hallaban en San Angel , y las de San Antonio ,

en el movimiento de reconcentracion que se verificaba , y conocieron que su suerte era la de sacrificarse para asegurar la retirada del ejército ; pero en cumplimiento de su deber solo pensaron en combatir al enemigo , aunque en medio de circunstancias tan aciagas. El general Twiggs ataca por el rumbo de Coyoacan , y Worth por el de San Agustín , y el fuego de la fusilería no cesa un solo instante acompañado del estruendo repetido del cañon. Los enemigos avanzan con resolucion , pero son rechazados por nuestras tropas en su primera acometida. En los momentos comprometidos de la segunda carga , el general Anaya subió á la explanada á caballo , mandó cargar una pieza á metralla , y él mismo dirigió la puntería , pero se incendió el parque abrasando á cuatro ó cinco artilleros , al capitán Oleary que la servía , y el general quedó ciego por algun espacio de tiempo , pero permaneció imperturbable sobre el teatro de la accion , que continuó encarnizada por ambas partes , y nuestro pabellon ondeaba valientemente iluminado por los fuegos y remecido por nubes de humo que lo circundaban como guerrero incienso. Aquellas miserables chozas tiemblan al trueno de la artillería como conocedoras del peligro , y algunas vienen á tierra con los estragos de la lucha , en que brilla la impetuosidad de nuestros nacionales que saltan de los pa-

rapetos para acercarse mas al enemigo. Mil hechos gloriosos podrian citarse de abnegacion y bizarría con que procuraban distinguirse nuestros oficiales y soldados. El enemigo mostró una calma y obstinacion en el ataque dignas de las mejores tropas, y el pabellon de las estrellas, que al fin empuñó el general Twiggs, recibió veinte y dos balazos, cambiando muchas veces de manos. Tres horas y media habia durado la lucha, repitiendo los Americanos sus esfuerzos que hacian inútiles los defensores de Churubusco; pero nuestro fuego fué cesando poco á poco, hasta que se extinguió completamente, pues se agotaron las municiones. Los generales Rincon y Anaya mandan que la tropa se replegue al interior del convento, lo cual ejecuta con la mas profunda tristeza. Entonces Peñuñuri carga al enemigo con unos cuantos soldados á la bayoneta, y cae víctima de su arrojo. El patriota capitan de cazadores D. Luis Martinez de Castro, al abrirse paso por entre los enemigos, recibe una herida mortal; y este jóven deja un vacío lamentable entre los buenos ciudadanos y en la literatura nacional. Replegadas las fuerzas nuestras, creyeron los enemigos que era un ardid de guerra, y no se decidian á avanzar; el primero que penetró fué el valiente capitan Smitt, del 3º. de línea, quien viendo que aguardaban su suerte los nuestros, sin hacer fuego, con-

tiene á los que lo siguen para evitar que los suyos se cebaran en los vencidos. De los defensores unos rompian sus armas, de cólera, otros se desesperaban y buscaban por todas partes un cartucho para tener el gusto de quemarlo por última vez hiriendo á algun enemigo. La defensa mereció elogios hasta de los mismos enemigos, quienes permitieron, como distincion honorífica, que los oficiales prisioneros conservasen sus espadas. El general Rincon, que mandó la defensa, se mostró con inalterable sangre fria. Gorostiza, nuestro célebre autor dramático, dió pruebas de inalterable valor; y todos cumplieron con su deber, haciendo pagar al enemigo bien cara la posesion de aquel punto, y dando tiempo suficiente al grueso de nuestro ejército para que se rehiciese. Sin la heróica defensa de Churubusco, ese mismo dia hubiera entrado el enemigo, orgulloso y vencedor, en la capital de la República.